

Consideraciones sobre el topónimo “Higuera de Albalat”

Ahora que vuestro pueblo -y el mío como consorte de Reme- celebra la recuperación oficial de su robado apellido *de Albalat*, quisiera hacer unas consideraciones histórico-filológicas sobre tal nombre. Como un modesto profesor que soy, cercano a la jubilación, intentaré ver si puedo explicaros lo que quiero contar, porque el asunto tiene cierta enjundia que requiere digestión.

La Historia, aunque hoy se considere una ciencia empírica social, dista mucho de contar con el consenso del que gozan las ciencias empíricas naturales. Quiero decir que mientras que la genial mecánica de Newton enseguida se convirtió prácticamente en el catecismo de los físicos, que dijeron amén a sus sorprendentes y eficaces leyes, ningún relato histórico, desde Herodoto hasta hoy, ha dejado de ser cuestionado y replanteado. A lo mejor, o a lo peor, es porque la Historia es un relato que casi siempre escriben los vencedores.

No soy historiador, ni filólogo, pero sí un empedernido y heterodoxo lector que, aunque vencido por el sistema, no está nada convencido con muchos de sus relatos. Hoy quisiera cuestionar y replantear el relato histórico-filológico que hemos heredado acerca de la mal llamada “invasión musulmana”, seguida durante casi ocho siglos de la también mal llamada “reconquista” y sucesiva “re población”. Como decía el filósofo José Ortega y Gasset: “yo no entiendo cómo se puede llamar reconquista a una cosa que dura ocho siglos”. Me preceden en este cuestionamiento prestigiosos historiadores como Américo Castro -en su célebre controversia con Claudio Sánchez-Albornoz-, Pedro Laín Entralgo, Georges Marçais, Thomas F. Glick y, sobre todo, Ignacio Olagüe, quien, a pesar de ser acusado de hacer historia-ficción, a mi entender, con sus lúcidas reflexiones nos muestra más bien lo contrario, que la historia-ficción es el relato oficial que hemos heredado. También cuento con el asesoramiento de expertos filólogos, como mi entrañable amigo Jesús Flores Contín y Anne Cename.

Arropado por ellos, pretendo cuestionar ese relato, porque hoy es urgentemente necesario para contrarrestar esas tóxicas corrientes de xenofobia, racismo y fundamentalismo que envenenan nuestra vida cotidiana. Por eso, si hay entre los oyentes algún simpatizante de esta nueva oleada de intolerancia que nos invade, le aviso de que pretendo darle la vuelta a su empanada mental.

Todos somos migrantes o descendientes de migrantes. Si algo caracteriza al *Homo sapiens*, aparte de su supuesta racionalidad y la capacidad del artificio, es decir, de fabricar objetos con sus manos, es su constante y peregrina movilidad. Vinimos de África, hace unos 200.000 años, y desde entonces hemos habitado los cinco o seis continentes y los más variados rincones de la tierra. Hasta los más inhóspitos, como desiertos, altiplanos o gélidas tundras. Por cierto, que nuestra abuela africana era negra. Lo digo por los racistas, para que sepan que los blancos somos algo así como negros desteñidos y no al revés.

Una de esas migraciones, aunque llamadas “invasiones” o “conquistas”, probablemente fue un asentamiento provocado por el cambio climático que asoló con una importante sequía el norte de África y el sur de la Península Ibérica a comienzos del siglo VIII, y que fue seguido de sucesivos asentamientos en los siglos posteriores.

Me temo que voy a tener que hablar de los reyes godos, esos cuya lista tenían que aprender de memoria nuestros padres en las escuelas: Ataúlfo, Sigerico, Walia, Teodoreto, Turismundo, Teodorico, etc. Aunque hoy a muchos nos causen extrañeza tales nombres, en este pueblo pasarían por vecinos, pues tenemos, por ejemplo, a Edilberto y Everildo que bien podrían haber sido nombres de reyes godos. Tras Leovigildo reinó Recaredo, desde el 586 al 601. Si me detengo en él, es porque en el 589 convocó el III Concilio de Toledo en el que renunció al arrianismo, convirtiéndose al catolicismo, es decir, al Credo de Nicea. Lo cual quiere decir que en los primeros siglos de la era cristiana, en la Península Ibérica el cristianismo era mayoritariamente arriano, acompañado de ciertas corrientes gnósticas, como la de mi paisano, el cristiano berciano Prisciliano, a quien me gusta nombrar con esta redundancia. Por no decir que el judaísmo contaba con muchos focos bien arraigados en la península.

Aclaremos los términos. El arrianismo fue una forma de cristianismo muy extendida, inspirada en las doctrinas del presbítero egipcio Arrio en el siglo III, que se opuso al dogma trinitario impuesto por el Concilio Nicea en el siglo IV. Para entendernos: mientras que en Nicea triunfó el “tres en uno”, es decir, que hay tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y un solo Dios verdadero, los arrianos defendían que hay un único Dios, Dios Padre, y que Jesucristo no era Dios, sino creado por Dios, como todos nosotros, aunque con un rango especial, pues se convirtió en nuestro Señor y Salvador. En cuanto al gnosticismo de Prisciliano y sus seguidores, remito a lo que ya he dicho en mi libro *La Diosa del antiguo Jardín de la Inocencia*. Así aprovecho para hacerle propaganda.

Recaredo intentó la unificación religiosa de los pueblos hispánicos, pero a comienzos del siglo VIII el rey Witiza y sus seguidores seguían siendo fieles al arrianismo. Aunque su sucesor Rodrigo, Roderico, lo era por el derecho germánico consuetudinario, los hijos de Witiza no se conformaron y llamaron en auxilio al gobernador de la provincia Tingitana, al

norte de Marruecos, que estaba bajo el dominio de los reyes visigodos. Si damos crédito a las noveladas crónicas bereberes, unos cuantos centenares de rifeños, no más de 7.000 hombres, capitaneados por un tal Taric, desembarcan en la Bética, y en una auténtica guerra civil, que también era una guerra religiosa entre dos concepciones del cristianismo, Rodrigo muere y sus tropas son vencidas en la mítica batalla de Guadalete, que marca el inicio de la llamada “invasión” o “conquista” de los árabes. Pero, como se deduce de lo dicho, no eran árabes, sino bereberes, incluso visigodos, pues hay autores que defienden que el propio nombre de Taric es más bien de origen germánico que árabe.

Si seguimos a Olagüe, otro guerrero visigodo -ya que las crónicas lo describen como pelirrojo, de tez blanca y ojos azules-, tras apoderarse de Córdoba en el 755, se haría dueño de la mayor parte de la Península antes de morir en el 788. Los cronistas árabes posteriores, barriendo para casa, le denominaron Abd Al Rahmán, Abderramán I, y le consideraron un príncipe de la dinastía Omeya. Sin embargo, no deja de ser curioso, sobre todo para nuestro discurso, que también le denominasen al-Dájil, “el inmigrante”.

Así pues, esos pocos miles de soldados, que ni eran musulmanes, ni hablaban el árabe, ni eran árabes de origen, sino bereberes, o incluso visigodos, se fueron asentando en estas tierras, y a ellos se sumaron otros, sobre todo a partir del siglo IX, muchos de los cuales ya sí que eran musulmanes y hablaban el árabe. Aunque hubo varias tribus árabes que llegaron en sucesivas oleadas, fueron sobre todo comerciantes los que paulatinamente fueron llegando, más que por el estrecho de Gibraltar, por el puerto de Almería, el más importante del Mediterráneo Occidental en la Alta Edad Media. Y muchos de ellos se asentaron en estas tierras. A pesar de la sobredimensionada batalla de Guadalete y otras cuantas gestas que relatan sesgadamente nuestros historiadores, más que considerados como invasores o conquistadores, esos migrantes fueron, en general, bien acogidos, y así una gran parte de los pobladores de la Península Ibérica, que entonces contaba con unos 15 o 20 millones de habitantes, no tuvo inconvenientes en islamizarse. Lo cual significó adoptar el árabe como lengua, amén de las tradiciones, usos y costumbres, en una palabra, de la cultura, de un pueblo mucho más avanzado en medicina, agricultura, arquitectura, matemáticas, literatura o filosofía. Además, en vez de los diezmos que imponía Roma, estas nuevas élites dirigentes solo exigían el 2,5 de tributo. Por no decir que su religión se entendió como una evolución y reforma del cristianismo arriano monoteísta.

También hubo unos pocos que prefirieron conservar su lengua, un latín romanceado, así como sus creencias cristianas católicas trinitarias, y algunos fueron migrando hacia el norte. Son los llamados mozárabes, que, a pesar de seguir fieles a su lengua romanceada del latín, no solo conservaron multitud de términos árabes y hebreos, sino que en sus primeras escrituras, como las *jarchas*, siguieron utilizando el alfabeto, mejor dicho, el alifato árabe, como también el alifato hebreo. [Una aclaración: en realidad, *alfabeto* propiamente es el

griego (por las primeras letras *alfa* y *beta*), mientras que el nuestro, de origen latino es *abecedario* (por las primeras letras *a*, *b*, *c* y *d*); el árabe es *alifato* (por la primera letra *alif*) y el hebreo *alefato* (por la primera letra *alef*).

La cuestión es que los que llamamos “moros” en su inmensa mayoría no eran árabes, sino españoles -tan españoles como los cristianos-, que adoptaron el Islam y la lengua y cultura de los árabes. En resumidas cuentas: si actualmente hemos presenciado la propagación pacífica del Islam por África o Indonesia, ¿por qué no pensar que fue así, y no a golpe de espada, como se produjo la islamización de la España medieval? Pues defender, como se sigue haciendo, que unos cuantos miles de “invasores” islamizaron a 15 o 20 millones de pobladores por la fuerza, no parece muy razonable.

Lo siguiente son batallas que me aburren, como me pasa con *El señor de los anillos*. Las batallas son enredos políticos, económicos, ideológicos o religiosos en los que se enredan las élites en el poder, mientras que el pueblo es el que las sufre con su sacrificio. Si nuestro rey emérito se dedicaba a matar elefantes -amén de sus negocios y fornicios-, los reyes medievales se dedicaban a matar moros, aunque éstos fuesen sus compatriotas. O a batallar entre ellos. Al parecer, lo nuestro son las guerras civiles y no las mundiales. Y en la llamada “reconquista”, como en la guerra del 36, la defensa del catolicismo tal vez fue la excusa fundamental. De hecho, en la historia que escribieron los vencedores, ambas figuran como cruzadas contra el infiel. Guerras de religión, lo cual, a mi entender, es un oxímoron, es decir, una contradicción en los términos, pues mientras que guerra significa conflicto y segregación, religión, originariamente, significa religar, abrazar una unión perdida. En este sentido, muchas de las que conocemos y sufrimos como religiones, en verdad y desgraciadamente no se merecen ese nombre.

A lo que vamos. Los primeros pobladores de Higuera de Albalat, y los que le pusieron su nombre, quizás en el siglo XII o principios del XIII, más que probablemente eran algunos de los habitantes de Medina Al-Balat, la “Ciudad del Paso”, españoles musulmanes, que no árabes, cuando las sucesivas incursiones de los reyes cristianos Alfonso VI, VII y VIII, acabaron de apropiarse de ese “paso”, de ese estratégico lugar en el vado del Tajo. Dicen los historiadores que luego, en el siglo XIII, Fernando III, posteriormente conocido como “el santo”, inició una “re población”. Tal vez se trajo a algunos astur-leoneses, pero el caso es que allí ya había gente, con la que se mezclaron, como seguirían haciéndolo durante siglos con la trashumancia. Mira tú por dónde, más por casualidad -o destino- que por tradición trashumante, resulta que yo soy un leonés casado con una extremeña.

Y ahora viene lo bueno del asunto. Quizás a alguno le pueda parecer que estoy arrimando el ascua a mi sardina, pues ya sabéis que soy berciano, es decir, entre gallego, asturiano y leonés, pero lo cierto es que mi amigo, el experto filólogo Jesús Flores Contín, me ha

asegurado que tanto en mozárabe -la primera lengua ibérica romance- como en astur-leonés, y, por tanto, en el proto-castúo, lo más probable es que “Higuera” se dijese “Figueira”, evolución del latín “ficaria”, que romanceado pasaría a “ficaira” y de ahí a “figueira” en mozárabe y astur-leonés. El diptongo **ai** o **ei** luego en castellano, no así en gallego, monoptonguiza en **e**, mientras que la **f** inicial, que se conservó en gallego o en catalán, en castellano sería aspirada en **h**, pero no antes del siglo XV. De ahí vendría “Higuera”.

¿Por qué “Higuera”? ¿Qué les llevó a esos primeros pobladores a bautizar su asentamiento con este nombre? ¿Había muchas higueras por allí? No parece probable, pues la higuera que conocemos es una planta domesticada, tal vez la primera de todas, antes que el trigo, la cebada o las legumbres. De hecho, se han encontrado higos en yacimientos del siglo X a. C. en la ciudad neolítica de Gilgal, en el valle del Jordán. También los egipcios cultivaban higueras y domesticaban monos para recoger los frutos. El libro del *Génesis*, en la Biblia, nos dice que los primeros vestidos de los humanos, cuando salieron del jardín del Edén, fueron una especie de taparrabos fabricados con hojas de higuera. La higuera se consideraba un árbol sagrado en la antigua Roma, pues el mito nos cuenta que Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba Luperca debajo de una higuera. También en Oriente la higuera es un árbol sagrado, el árbol Bodhi, el del despertar, pues Sidharta Gautama, el Buda, el “despierto”, despertó, es decir, alcanzó la iluminación, después de estar 49 días meditando debajo de una higuera. Mi suegro Laureano, que, aunque lo parezca por su calma zen, no es un Buda, un “despierto”, sino todo lo contrario, pues no conoce el insomnio, ya que es capaz de dormirse incluso a caballo, sin embargo todos los veranos se despierta temprano para seguir el ritual de la recogida de los higos, que son un acompañamiento fundamental en las sopas de tomate. Sopas que, obviamente, no pudieron hacerse antes del siglo XVI, pues no había tomates, ya que vinieron de América. Pero esa mezcla de los higos con la comida, seguro que viene de mucho más atrás. ¿Por qué “Higuera”? Confieso que no lo sé. Pero si sé que es un árbol especial, el único que da dos frutos, la breva y el higo, y que está lleno de simbolismo, como creo haber mostrado.

¿Por qué fue el único en conservar el apellido “de Albalat”, cosa que no hicieron ni Romangordo ni Casas de Miravete, pueblos también incluidos en la llamada “Campana de Albalat”? Tal vez porque fue aquí donde prefirieron asentarse los antiguos habitantes de Medina Al-Balat, musulmanes fieles a sus tradiciones, mientras que en los otros pueblos se asentarían más bien los mozárabes o cristianos que llegaron con la repoblación. ¿Cuál podría ser la razón? Romangordo estaba más cerca de Medina Al-Balat, pero Higuera tenía mucha más agua, algo imprescindible para las técnicas agrícolas heredadas de los árabes. O tal vez porque aquí, más alejados, se sentían más protegidos de las rutas habituales de los cristianos. De hecho, muy cerca de aquí se encontraba la atalaya y ciudadela musulmana de Castil Oreja. Quizás los primeros higuereños recitaban la sura 95 del Corán, llamada “sura

de los higos”, que comienza así: “En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso: ¡Por el fruto de la higuera y del olivo! ¡Por el bendito monte Sinaí! ¡Por esta tierra segura!”.

Volviendo al tema, no parece aventurado suponer que los antiguos habitantes de Medina Al-Balat que se fundieron -o no- con los mozárabes y astur-leoneses que supuestamente repoblaron la zona, cuando bautizaron su nuevo asentamiento como *Figueira del Balat*, probablemente lo escribirían con el alifato árabe, que era la escritura de los pocos que sabían escribir. Mas tarde, por supuesto, se iría imponiendo el alfabeto, o mejor dicho, el abecedario latino. Pero tal vez la grafía original de nuestro pueblo fuese la que muestro a continuación. Insisto: no es una traducción al árabe, sino el nombre escrito en alifato árabe; quiero decir que cualquiera que conozca las letras de ese alifato leerá *Figueira del Balat* -o *Ficaira dalBalat*-, que es lo que aquí pone:

فيقايرة دالبلاط

Ya sé que el árabe hoy a muchos les puede resultar indigesto por las connotaciones que nos llevan a asociarlo con el fundamentalismo o incluso con el terrorismo. Pero el árabe fue la lengua de nuestros antepasados durante varios siglos. Prueba de ello es la gran cantidad de términos árabes que conservamos en castellano. Y si hablamos de fundamentalismo, el cristiano -por ejemplo, en nuestro país o en Estados Unidos- por desgracia también ejerce hoy su intolerancia. Menos mal que, afortunadamente, hay muchos otros cristianos, como también hay muchos otros musulmanes, que buscan la concordia.

Solo he querido rescatar una parte robada de nuestro pasado, quizás la más esplendorosa, pues la Edad Media andalusí brilló con una luz que en muchos campos del saber fue el faro y guía en la oscura Edad Media de Occidente. Es hora ya de decir que Averroes, considerado el más grande filósofo musulmán, médico, jurista, en una palabra, sabio, no era árabe, sino español, cordobés para más señas. Lo mismo que el más importante filósofo judío, Maimónides, que también era cordobés. Como Séneca, al que nadie llamaría romano por hablar latín y vivir en los dominios del Imperio, sino que todos le consideramos, como deberíamos hacer con Averroes y Maimónides, un sabio cordobés.

No digo yo que haya que hacerse un tatuaje con el nombre en árabe, aunque allá cada uno con su piel. Tal vez Tarsicio le de vueltas para su cada vez más interesante producción artística. Pero, si no hay objeciones, que por supuesto admitiré y debatiré, mi humilde propuesta es hacer, no ya un cartel del pueblo con esta bella grafía -pues ya tenemos uno nuevo y bien grande-, sino tal vez unas camisetas o unos pins para estas fiestas tan poco festivas que nos han traído estos jodidos tiempos de pandemia.

Pedro el de Reme

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

- Avila Cabezas, Miguel / Flores Contín, Jesús: *Jarchas del inmigrante*. Granada, Alhulia, 2020.
- Castro, Américo: *La realidad histórica de España* (1954). México, Porrúa, 1966.
- Cenname, Anne: *La España perdida. Discurso sobre “moros y cristianos”*. Universidad de Oslo, 2014.
- Glick, Thomas F.: *Islamic and Christian Spain in the Early Middle Age*. Princeton, New Jersey, 1979.
- Laín Entralgo, Pedro: *A qué llamamos España*. Espasa-Calpe Austral, Madrid, 1971.
- Marçais, Georges: *La Berberie musulmane et l’Orient au Moyen Age*. París, Aubier, 1946.
- Olagüe, Ignacio: *La revolución islámica en Occidente [Les árabes n’ont jamais envahi l’Espagne, 1969], (1974)*. Almuzara, Córdoba, 2017.
- Ortega y Gasset, José: *España Invertebrada* (1921). Espasa-Calpe Austral, Madrid, 2011.
- Sánchez-Albornoz, Claudio: *España, un enigma histórico* (1956). EDHASA, Barcelona, 2000.